

Capítulo 1

Algunas cosas que nunca se olvidan

*Cuando yo me siento en mi cama
yo repasaba mis memorias
de lo que a mi me ha pasado
se podía escribir una historia*
(Soleá de Antonio Mairena)

1.1. ESCARBANDO EN MIS RECUERDOS

De Cádiz A Sevilla

Mi nombre completo es Ildefonso Cabrera Bonilla y tengo que contar algo pero no sé muy bien cómo empezar, porque se trata de hablar de mi niñez que, si he de decir la verdad, no fue precisamente muy buena que digamos. Las circunstancias que la rodearon fueron un tanto desafortunadas, por decirlo de alguna manera. Nací en 1939, poco después de acabada la Guerra Civil, en un pueblo de la ruta de los pueblos blancos, en Olvera, provincia de Cádiz. De Olvera no recuerdo nada, apenas casi nada. Son débiles los lazos que me unen a mi pueblo de nacimiento.

Al poco de acabar la guerra, mis padres tuvieron que abandonar el pueblo porque justamente para ellos las cosas se pusieron muy feas. Mi padre, Francisco Cabrera Partida, tenía un primo que durante la República fue un conocido sindicalista, de la FAI, al que llamaban Paquillo el Chileno, y a la familia de

mi padre, no sin razón, le apodaron la familia de los rojos porque todos eran indiscutiblemente republicanos.

Al estallar la guerra civil en 1936 mis padres, recién casados, huyeron de unas tierras que tenían arrendadas en los alrededores de Las Encarnaciones, en el término municipal de Morón de la Frontera, y en la huida llegaron hasta Málaga. Una vez en Málaga mi padre se hizo miliciano y para defender a la República se marchó a luchar al frente. Mi hermano mayor, Paco, nació el 31 de diciembre de 1936 en Málaga, cuando mi padre estaba en el frente, por lo que mi madre se encontró sola y decidió volver con el niño a Olvera, a pesar de que en el pueblo nos llamasen los rojos, por mi tío sindicalista y por mi padre miliciano. Así que al perder la guerra no tardaron mucho en llegar las represalias contra mi familia que fueron especialmente duras para algunos de sus miembros. Fusilaron a dos hermanas de mi padre, mi tía Pepa y mi tía Catalina, pero son pocos los datos que conozco sobre estos sucesos porque mi padre casi nunca quería ha-

blar de este tema, era algo como prohibido para nosotros y no nos atrevíamos a preguntar. A mis padres les hicieron la vida imposible en Olvera después de la guerra y no tuvieron más remedio que abandonar el pueblo. Por eso, yo llegué con muy corta edad a otro que con el tiempo ha sido muy querido y muy importante para mí: La Puebla de Cazalla.

Nicolasa, mi madre, me contaba que ya instalados en La Puebla y siendo yo muy pequeño, con uno o dos años, enfermé de las calenturas del paludismo y para curarme me llevaron con mi abuela materna que se había quedado viviendo en Olvera. Con mi querida abuela Carmen pasé parte de los primeros meses de mi vida. Una vez recuperado, me vinieron a buscar y ya no volví a Olvera hasta muchos años después.

En La Puebla de Cazalla donde me crié, mi infancia fue como la de todas las personas que conozco de mi tiempo, mala, difícil, fría... porque penurias pasábamos muchísimas, sobre todo a los que la vida no nos ha regalado prácticamente nada. Siempre he considerado que nunca fui niño, niño de esos de los de jugar, porque lo que se dice jugar, jugar, lo hice muy poco. Todo y que la infancia creo yo que está relacionada principalmente con el juego. Primero, no jugué porque no tenía prácticamente con qué y segundo, y mucho más doliente, porque desde muy pequeño tuve que trabajar.

Son muchos los recuerdos —algunos bonitos e incluso algunos también divertidos—, que tengo de mi paso por La Puebla. Ahora bien, por la sensación que tengo de cómo transcurrió mi niñez, algunos de esos recuerdos han quedado un tanto oscuros, porque lo que se dice muy bien no me lo pasé ni en mi infancia ni en mi juventud; aún así, perduran aquellos que quiero y que tengo interés

en conservar. Mi familia vivía en uno de los barrios de La Puebla más humildes, en la calle de San Pedro 65, junto a la fuente vieja, en la penúltima casa del Cerrete.

La Manota, el Poci, el Mochilo... mis referencias infantiles

Justo enfrente de mi casa vivía la mujer más célebre que había en toda La Puebla, *La Manota*, y era célebre por su gracia natural, por su forma de comportarse y por cómo se relacionaba con todos. Formaba parte de aquello que se dice ahora el “patrimonio cultural” del pueblo. No sé exactamente por qué escarbando en mis recuerdos acude ella en primer lugar. No lo sé. Tenía muchas hijas y tan sólo un hijo. Era muy descarada diciendo las cosas, le cantaba las cuarenta al más pintado y también muy deslenguada. Tal vez era ese sinfín de palabrotas que salían a borbotones por su boca lo que se me grabó de ella siendo yo todavía muy chico. Al tener tantas hijas, en el barrio se hablaba mucho de ellas, eran la comidilla en muchos de los encuentros de vecinos y me imagino que por cosas relacionadas con la castidad, la honra y cosas parecidas. Si las habladurías llegaban a sus oídos era seguro que el jaleo estaba garantizado y, si era necesario, llegaba a las manos con tal de defender la honestidad de sus hijas. Era una mujer que desprendía una vitalidad tremenda y cuando se enfurecía daba miedo, más por lo que decía que por lo que fuera capaz de hacer. Las cosas son así: no se esfumó *La Manota* de mis recuerdos. Ella no tenía competidor ni ser vivo que se atreviese a desafiar su desparpajo y su saber decir por todos aquellos andurriales. Impuso, como costumbre, el reír en unos tiem-

pos muy difíciles de soportar, en los que lo único que sumaba eran las calamidades y en los que parecía que sólo quedarían para el futuro los recuerdos ingratos, los sinsabores. La verdad es que no todo fue así, porque me han quedado como recuerdos gratos aquellos vinculados a este personaje, a su vez tan cercano y querido por todo el pueblo y que no hizo otra cosa que alegrar la vida a los que tenía a su lado: a mi en concreto, de niño, me divertía enormemente oírla y verla gesticular.

En el barrio vivían también otras personas muy reconocidas y además con mucha gracia como eran *El Mochilo* y *El Poci*. *El Mochilo* era un hombre afeminado que encajó como pudo y, sobre todo, con una buena dosis de guasa, dada la represión franquista que en los años cuarenta se ejercía sobre los homosexuales. Trabajaba como criado en una tienda de comestibles situada en la Puerta de Ronda que era propiedad de una mujer a la que llamaban la *Chavora*. Toda la vecindad conocía al *Mochilo* porque destilaba gracia a raudales. Además, hacía de todo, incluso de comadrona si venía al caso. Oí en cierta ocasión comentar a mi madre que *el Mochilo* ejercía muy bien de comadrona. *El Poci* era el típico hombre al que todo le venía grande, no le gustaba mucho trabajar y siempre andaba falto de recursos. Su familia pasaba mucha falta, tenía tres hijos, dos varones y una hembra. No acierto a recordar por qué les llamaban al hijo mayor el *Rini grande* y al pequeño el *Rini chico*. Del *Rini grande* se contaba que como pasaba tanta hambre le quitó a un panadero un kilo de pan blanco y cuando el panadero, tras una corta carrera detrás de él lo cogió, se había comido el pan entero. De ahí quedó el refrán en el pueblo de “tienes más hambre que el *Rini grande* que se comió un kilo de pan corriendo”. La hem-

bra se llamaba *Dolosita* y era realmente muy curioso lo que le pasaba, al menos para nosotros era todo un misterio que no sabíamos a qué obedecía semejante extravagancia, ya que tenía un ojo de cada color: uno pardo y otro azul. La *Dolosita* se marchó como criada a trabajar en una casa de Sevilla pero al mes de estar allí sirviendo, le hizo saber a su padre que se quería volver otra vez a La Puebla y *El Poci*, todo recurrente, le hizo llegar que el *Tajo de las Tagarninas* estaba a 14 kilómetros del pueblo, así que ella ya sabía lo que tenía que hacer. Las tagarninas son unas hierbas que crecen silvestres en el campo y en los tiempos de la postguerra eran muy buscadas por todos los que no tenían nada que echarse a la boca. Así que nadie dudaba que la *Dolosita* entendiese bien el mensaje de su padre, que la advertía de que en La Puebla las cosas estaban muy mal y que si quería comer no le quedaba más remedio que ir al tajo de las tagarninas que estaba bastante retirado del pueblo. Con todo, un par de meses después, la *Dolosita* volvió a La Puebla. *El Poci* trapicheaba en lo que podía y echaba bastantes ratitos en el bar de *Currillo Cuchara*. Era muy carismático y divertido, sabía muy bien estar con la gente y sacaba buen partido de ese carisma ganado a pulso y con razón. Solía cantar un poco en sus ratos de taberna y se juntaba con otro personaje bastante popular también en La Puebla como era *El Mochango*, que apenas raspaba la guitarra, pero que le bastaba para acompañar a su amigo *El Poci*. Ambos formaban una buena pareja.

¿Cómo no recordar a una serie de personajes que fueron mis referentes en los años de niñez? ¡Imposible! Y digo mis referentes porque formaron parte de esa cultura enraizada en lo más profundo de cada ser y que tiene que ver con las formas y las maneras de enten-



Calle de Marchena en La Puebla de Cazalla (Sevilla)

der la vida y de comportarse la gente que te rodea. A éstos, ya referidos como *La Manota*, *El Mochilo* o *El Poci*, debo añadir *El Tuerto del Basurero*, *Bartolo de la Nena*, *El Cojo de la Cigarrita*, *Jesús El Champa* o *Curro Cortés*, todos ellos magníficos representantes del buen hacer y de llevar con maestría, por aquel entonces, el comportamiento del hombre de pueblo andaluz. También estuvieron *La Gimennita*, *Pitia*, *La Catata* o *La Perechía*, todas ellas también excelentes embajadoras de la voluntad y de la sabiduría popular de la mujer andaluza.

Una balsa llamada Sua

Nosotros formábamos una familia normalita, normalita por aquello de que no era muy numerosa, sólo éramos cuatro hermanos, cuando lo habitual de una familia era llegar a ocho o diez hijos, porque creo que se era bastante consciente de que muchos de los hijos nacidos no llegarían a la pubertad. Mis momentos buenos de chaval, con seis u ocho años, me llevan a los juegos que había en la calle por aquellos años. Jugábamos, cuando podíamos, en el llano de la fuente vieja a las bolas, que hoy las llaman canicas; a la piola

sobre la pared, que consistía en saltar unos sobre otros hasta que la fila se caía... y a pocas cosas más.

Siempre he echado de menos no jugar con una pelota de verdad, por la sencilla razón de que no la tenía. Pienso que hoy en día es un juguete corriente que cualquier niño posee, pero yo no tenía y siempre tuve el deseo de tener un balón de reglamento. Cuando jugábamos a pelota, lo hacíamos con una de trapo o de borra. Cuando le dábamos cuatro patadas se rompía y se acababa el juego. Ahora bien, para jugar a pelota nos quedábamos descalzos, para no romper las alpargatas, porque si las rompíamos sabíamos que al llegar a casa nuestras madres nos pondrían calientes. Era mucho mejor llegar con un dedo roto que con las alpargatas rotas.

Una de las cosas agradables que no he olvidado han sido los baños que disfrutábamos durante el verano, cuando íbamos a bañarnos a la Sua, cerca del río del pueblo. La pandilla de la fuente vieja, que así nos llamaban a mis amiguetes y a mí, con nuestro capitán a la cabeza, el *Saragüeta del pico negro*. *Saragüeta* por sus modales más que afeminados y *del pico negro* porque a su familia se la conocía como los *picosnegros*. Él era un poco mayor que los demás y le seguíamos porque

nos divertían las cosas que decía y hacía. La *Sua* era una balsa que acumulaba el agua que llegaba al molino del pan del pueblo, a través de un canal, y lo hacía funcionar. En esa balsa nos bañábamos los 8 ó 9 amigos que formábamos la pandilla: mis primos Jerónimo y Emilio, el *Poba*, Pepe el de la empresa —le llamábamos *empresa* porque tenía un cabezón enorme, como una empresa de grande— y su hermano más pequeño, los dos de *La Gorriona*, los *Piquillos*, mi hermano y yo, algunos más seguro que venían, pero ya no llegó a recordar. El *Saragüeta* creo que se llamaba Diego y era siempre el que encabezaba la expedición del baño; nosotros, divertidos, le seguíamos detrás; durante el trayecto también buscábamos nidos de tórtolas para coger los pichones y llevárnoslos a nuestras casas y allí terminarlos de criar. Teníamos prohibido en casa ir a bañarnos a la *Sua*, creo que porque era un lugar que no ofrecía mucha seguridad, pero aún así, nosotros íbamos en verano cada vez que podíamos. En una de estas ocasiones yo perdí una de mis alpargatas y cuando llegué a mi casa mi madre se enfadó de tal manera que me tuvo un tiempo descalzo hasta que me pudo comprar otro par de alpargatas.

Tampoco pude de chico montar en bicicleta por la misma razón, porque eran muy pocos los afortunados que podían tener una y no era mi caso, pero ahora pienso que lo que más me ha preocupado a lo largo de toda mi vida ha sido no haber ido nunca al colegio, no haber asistido a la escuela, a pesar de que las hacen para que los niños vayan y aprendan.

Tenía quince años y no sabía ni leer ni escribir y eso siempre me ha marcado en mi vida. Con todo, no puedo quejarme, porque mi niñez fue como la de miles de chavales de mi tiempo, mal comido, mal vestido y mal cal-

zado, pero soy uno de los privilegiados que a pesar de las carencias que rodearon mi infancia y juventud puedo contar en qué consistió. Sin embargo, muchos conocidos míos, se fueron en ese esfuerzo por sobrevivir y acabaron desapareciendo en aquella España de hambre y de pobreza.

1.2. LOS AMANECERES EN EL CORTIJO DEL MADROÑAL

La vida en el campo

En los años de la postguerra en los que me tocó vivir, lo más importante, más que vivir, era sobrevivir. Mi infancia siempre estuvo relacionada con el trabajo, con el trabajo en el campo: recoger aceitunas, algodón, cuidar de los animales, etc., primero, en La Puebla, durante un breve período. Más tarde, cuando apenas tenía ocho años recién cumplidos, en los campos del cortijo al que nos trasladamos toda la familia a vivir como jornaleros, por aquello de tentar a la suerte y comprobar si éramos capaces de cambiar un poco las cosas que hundían a mi familia en la extrema miseria.

En el campo, y por aquellos tiempos, siempre había más posibilidades de tirar hacia delante toda la familia trabajando junta que en el pueblo. Y así lo hicimos. Nos fuimos a vivir a un cortijo que se llama el *Madroñal*, a 15 km. de La Puebla. Sí, digo que se llama, porque existe todavía, y entonces pertenecía a la familia de los Vargas. El padre, Miguel Vargas, era el que se hacía cargo de todo lo relacionado con la hacienda familiar. Además, poseía otros dos cortijos que estaban arrendados: uno era el cortijo la *Jesilla* y el otro el de la *Alcachofa*. La

familia Vargas era una familia pudiente y en buena parte su fortuna acumulada era gracias al trabajo constante que había hecho durante toda su vida Miguel Vargas, ya que cuando éste murió las cosas cambiaron, hasta el extremo de que el patrimonio familiar se hundió y sólo se mantuvo el cortijo del Madroñal porque el hijo mayor de Miguel, Ignacio Vargas, trampeó como pudo para mantener la finca en pie. En el cortijo de la Alcachofa fue donde el torero Manolo González¹ tuvo su ganadería. Por allí estuve yo en alguna ocasión ayudando al mariscal, que era el boyero mayor, el que se cuidaba del ganado. Más veces que yo estuve allí mi hermano Paco ayudando al boyero e incluso en una de las ocasiones le hicieron un retrato. Hoy ese retrato está en la Casa del Toro

1. **Manuel González Cabello**, nació en Sevilla el 7 de noviembre de 1929 y murió en diciembre de 1987. Más conocido como **Manolo González**, fue matador de toros. Se encuentra enterrado en el cementerio de San Fernando de Sevilla, dónde su tumba ocupa un lugar destacado. Manolo González fue un torero de época, del más puro estilo sevillano. Tomó la alternativa en Sevilla en 1948, de manos de Pepe Luis Vázquez y Manuel Navarro, con el toro "Bailarín" y esa tarde salió por la Puerta del Príncipe de la Real Maestranza. La confirmó en Las Ventas en 1949 con Antonio Bienvenida y Pepín Martín Vázquez, con el toro "Lucifer". Esa tarde le cortó las dos orejas a su segundo toro. Se retiró en 1953 para dedicarse a ser ganadero y apoderado. Reapareció en 1960 y se retiró definitivamente en 1961. Era un torero con garbo y gracia, de valor desbordante y arte. Salió varias veces por la Puerta Grande de Las Ventas. Su hijo Manolo fue novillero. (Fuente: es.wikipedia.org)

2. **La Plaza de Toros de Las Ventas** es la mayor plaza de toros de España y la tercera con más aforo del mundo tras las de México y Valencia. Desde 1951 se encuentra en las dependencias de la plaza el **Museo Taurino**, donde se expone una completa colección de objetos y enseres relacionados con la tauromaquia y la historia de la plaza.

de Madrid². La fotografía se debió a que un toro bravo llamado Tercerón acabó comiendo en la mano de mi hermano Paco y ese hecho causó sensación dentro y fuera de la hacienda porque lo que está claro es que para ponerse delante de un toro bravo se necesita mucho valor. Como por el cortijo pasaba mucha gente importante relacionada con la vida taurina y social de Madrid y de Sevilla, amigos todos ellos del torero Manolo González, un periodista que llegó en uno de los grupos invitados le hizo la fotografía, dándole de comer un manojo de espigas al toro, y acabó expuesta en la Casa del Toro de Madrid. Nosotros nos enteramos porque uno de los Vargas le dijo a mi madre: "Oye Nicolasa, ¿sabes que tu Paquillo está en un retrato colgado en el Museo del Toro en Madrid? Está muy gracioso el muchacho con unas alpargatas blancas rotas por las que se les ven los dedos". Los caminos que lindaban con este cortijo quedaron prácticamente intransitados, vacíos, desde que se instaló la ganadería del torero; porque la gente de la zona tenía mucho miedo a que se escapasen los toros bravos y evitaba, siempre que podían, pasar por los alrededores de los campos en los que éstos pastaban. No obstante, no era esa una preocupación que tuviésemos los que trabajábamos en la hacienda, a los que los toros no nos imponían tanto miedo, sobre todo, a mi hermano Paco que llegó, incluso, como he explicado, a intimar con uno de ellos: Tercerón.

El intenso frío del invierno

En el cortijo del Madroñal se hacían trabajos relacionados básicamente con las tareas agrícolas. Durante los primeros años que viví en el cortijo estuve muy al margen de las cosas

que sucedían en La Puebla: iba poco. Hasta que no fui un poco más mayor no empecé a visitar el pueblo, porque los 15 kilómetros que lo distanciaban se tenían que hacer bien andando o bien en mula, por lo que mis visitas se ceñían prácticamente a cuestiones de urgencia y de suma necesidad. A pesar de todo, debo confesar que pasé días felices en el *Madroñal* aunque estuviese un tanto aislado de las cosas importantes que sucedían en el pueblo, quizás porque era un niño y los niños de entonces nos conformábamos con muy poquito o con casi nada.

Parte de mi infancia y juventud las pasé en el campo. Allí había que trabajar en lo que fuera, bien escardando, bien guardando ganado, bien tirando los carros, y verdaderamente se pasaba mal, sobre todo cuando hacía frío, porque llegaba el invierno y no tenías apenas ropa que ponerte. No había más remedio que aguantarse. Los inviernos eran horribles, especialmente por las mañanas cuando tenías que salir muy temprano al campo y estaba todo helado. Tal era el frío, que te crujían todos los huesos del cuerpo. El dolor en las manos y en los pies era tan profundo, que creías que al menor roce los ibas a perder. Sólo te quedaba el consuelo de esperar a la noche para sentarte al lado de la candelita y notar que se te despertaban las extremidades. En cambio, el verano, a pesar del calor agobiante era menos demoledor; durante esta época cambiábamos el tipo de trabajo, realizábamos en primer lugar las faenas de la siega y luego, más tarde, las de la trilla. Con todo, los días se hacían interminables, porque desde que salía el sol hasta que se ponía, transcurrían más de 13 horas durante las cuales diariamente teníamos que trabajar. Durante ese período había muchísimo trabajo

porque era el tiempo de la recolección. Relaciono las estaciones del año con el frío y con el calor, sensaciones unidas íntimamente con el duro y poco considerado trabajo del campo. No celebrábamos casi ninguna fiesta, no había Pascua que celebrar, a lo sumo cuando llegaba la Nochebuena mi madre hacía unos pestiños que acompañábamos con aguardiente, y se cantaban villancicos hasta que te cansabas. Para nosotros, de todas maneras, era una novedad y añorábamos su llegada. Cualquier diversión se compartía con las familias que vivíamos en el cortijo: nos juntábamos, cuando se daba la ocasión, con los del cabrero, los del boyero, los del mulero, con los jornaleros y, al llegar el domingo, no salíamos a ninguna parte. El trabajo en un cortijo por aquellos años no estaba sujeto a un horario diario. Es más, no existía un horario de trabajo: estabas a disposición de lo que se pudiera presentar en cualquier momento, hacías las faenas tal como te venían, que si te llegaba un carro cargado de trigo, pues tenías que descargarlo, que si era de semillas para sembrar o de abono, pues igualmente, y tanto si llegaba de día como de noche.

Unido a estas condiciones de trabajo, también estaba el agravante de que durante algunos meses, en el *Madroñal*, no había trabajo para todos y no tenías más remedio que buscarte lo que fuese, porque con lo que ganábamos entre todos daba justo para comer el conjunto de la familia y no podías prescindir del jornal de ninguno de nosotros. Así que cuando llegaban estas temporadas en las que en el *Madroñal* no había trabajo, solíamos trasladarnos al otro cortijo, al de la Alcachofa, cuyos propietarios, los Vargas, como ya he dicho, lo tenían arrendado. Allí, mi padre, a medias con los Vargas, en una



Paseo Bohorques. Palmera de los Bollao. Puebla de Cazalla (Sevilla)

zona del monte, hacía carbón cisco para vender en La Puebla y allí trabajábamos todos, hasta mi madre, que era la que se encargaba de venderlo en el pueblo.

De vez en cuando íbamos a La Puebla

Cuando fuimos un poco más mayores, y sólo en algunas ocasiones, nuestros padres empezaron a llevarnos a la feria de La Puebla de Cazalla. La feria en el pueblo era todo un acontecimiento para nosotros, con los caballitos, las cunitas voladoras y, lo más importante, los turrones y los garbanzos tostados, que nos gustaban a rabiar. Así, cuando podíamos, íbamos los tres o cuatro días que duraba la feria, a La Puebla. Siempre decíamos “hasta el año que viene”. Ya trabajando con mi padre en las tareas propias del campo, cuando él era el manijero del cortijo —dicho en los tiempos modernos, el capataz— y yo ya con quince años cumplidos, empezó a dejarme ir a La Puebla los domingos para pasar la tarde con los amigos. En ese tiempo me compraron mi primera

bicicleta para que hiciese en bici la distancia desde el cortijo hasta La Puebla, porque el trayecto a pie era muy largo. Mi padre nos daba fiesta sólo los domingos por la tarde. La jornada en el campo era de sol a sol y los siete días de la semana, y de propina también se trabajaban algunas noches cuando llegaban los carros cargados y teníamos que descargarlos.

A pesar de nuestra juventud no teníamos demasiadas ilusiones. Para empezar, no teníamos dinero para nada, ni tan siquiera para poder ir al cine y ver una película de Tarzán o de los tres Mosqueteros que eran las que más me gustaban. Por aquellos días, yo ya tenía un círculo de amiguetes con los que coincidía los domingos que iba a La Puebla y hablábamos de novias, pero sin tenerlas: nos ilusionábamos con ellas. Nuestros deseos se concretaban en poco. Los más ansiados eran tener un trajecito para los domingos, un reloj de pulsera o un par de zapatos, para ir como lo requería la edad que teníamos y para presumir ante las chavalas, pero lo cierto es que no siempre o casi nunca, lo pudimos conseguir. Aún así, las cosas propias de los quince o die-

ciséis años nos llevaban a que no todo lo viésemos tan mal. Además, los jóvenes de mi época no teníamos ni demasiada malicia ni demasiado rencor y la verdad era que por aquel entonces también las circunstancias estaban cambiando un poco para mejorar. Rondaba el año 1954 ó 1955, y ya lo más angustioso de la etapa de la pobreza generalizada tras la Guerra Civil estaba pasando.

La vida del campo representaba una forma de vivir muy distinta a la del pueblo. Carentes de diversión, nos pasábamos todo el día trabajando, y por la noche, en una gañanía, sin luz y con sólo el candil de aceite junto a la candela de la chimenea, allí sentados, cada uno contaba lo que sabía, que era bien poco. La gañanía era el recinto que funcionaba como vivienda para la gente jornalera que vivía en un cortijo. Allí se comía lo que buenamente uno tenía y que acostumbraba a ser bastante poco, se dormía y se echaba el rato por la noche al calor de la lumbre para calentar los huesos. Creo que sí, que el nombre de gañanía viene de que les llamaban gañanes a los que trabajaban labrando los campos con los arados y las yuntas de mulas, y al quedarse éstos temporadas más o menos largas en los cortijos, a los habitáculos en donde se instalaban se les llamaban gañanías, al menos eso creo yo. En ellas nos juntábamos por las noches y se charlaba antes de irnos a dormir, casi siempre de las cosas cotidianas relacionadas con el trabajo en el cortijo, aunque a veces se hablaba de algún chascarrillo y se contaba algún que otro chiste que nos alegraba un poco la noche y te ibas a la cama un tanto más contento. De esta manera pasaba el tiempo muy lentamente, con el único aliciente de esperar que llegara el domingo para ir al pueblo y pasar la tarde si te dejaban. El domingo que íbamos, salíamos del

cortijo sobre la cinco de la tarde, y teníamos que recorrer los quince kilómetros en bicicleta, con una carretera malísima. Tal era su mal estado, que incluso en el pueblo existía un dicho para referirse a ella: “tiene más baches que la carretera del caracol”, que era como se le llamaba. La mayoría de las veces volvíamos al cortijo avanzada la noche aun a sabiendas de que debíamos estar en el campo a la siete de la mañana para empezar en las faenas que nos tocaran; tareas bastante duras y pesadas que se nos hacían interminables después de dormir poco y no descansar lo suficiente.

1.3. EN LOS ALBORES DE UNA PASIÓN

Una familia de flamencos

Desde pequeño, en mi casa, siempre había escuchado cante, porque vengo de una familia flamenca; por la parte paterna eran gente muy alegre y en la familia de mi padre, todos cantineaban algo; pero ya hablando de mi gente más cercana, mi padre cantaba muy bien y yo lo escuchaba con mucha atención, claro que sin saber lo que cantaba; y lo más curioso es que no le preguntaba nada sobre esos cantes, no sé si porque no sabía qué preguntar o porque a los niños de antes nos costaba mucho preguntar cualquier cosa a nuestros padres: era como si te diera un poco de vergüenza. Con el paso del tiempo y con mucho escuchar, fui dándome cuenta de lo que cantaba, de la variedad de los palos que conocía.

Mi padre también tenía su mote en Olvera, donde nació. Le llamaban el Cenizo. La gente de su edad que lo conoció me decía que el “cenicillo era muy buen cantaor de fla-

menco". Solía explicar que por los años treinta él cantaba con todos los artistas que traían los señoritos al pueblo, a Olvera: *El Carbonerillo*, Pepe Pinto y *El Peluso*, y que muchas veces, en la fiesta, se encontraba acompañando como guitarrista Diego del Gastor. Sé que mi padre era muy amigo de un primo de Diego, al que llamaban Polonio, y que tenía una herrería en Olvera. Tocaba también muy bien la guitarra y éste Polonio era habitualmente el guitarrista de mi padre. De las cosas que a nosotros nos contaba sobre el mundo del flamenco me quedé con una de ellas relacionada con un percance que tuvo Diego del Gastor en Olvera, durante la feria que se celebra en el mes de agosto. Se ve que Diego llegó al pueblo con una mano rota y los gitanos del pueblo se volvieron como locos comentando que ya no podría tocar nunca más la guitarra, ya que según la rotura se iba a quedar inútil del brazo izquierdo para toda la vida. Se armó un escándalo entre los gitanos, a cuenta de la inutilidad en la que se podía quedar Diego. Hasta su primo Polonio lloraba desconsolado porque decía que ya no iba a volver a oírlo tocar nunca más. Mi padre nos contaba esta historia diciéndonos que él nunca la creyó y que el tiempo le dio la razón ya que Diego casi enseguida empezó a tocar otra vez la guitarra como siempre. Otra de las cosas que contaba era que el señorito que organizaba las fiestas era Don Juan Santiago, señorito de Olvera que tenía una gran fortuna y a quien le gustaba mucho como cantaba mi padre. Contaba con él, incluyéndolo entre los artistas que venían de fuera a participar en sus fiestas. Este señorito, a pesar de que no tenía ni oficio ni beneficio, llegó a tener mucho dinero al casarse, vamos, *al dar un braguetazo*. Y cada vez que se terciaba, parece que se lo gastaba en juergas: por

sus fiestas llegaron a pasar importantes figuras del flamenco de aquellos años.

Manuel Torre era el ídolo del momento de la afición flamenca y también lo era de mi padre. Me decía que él se esforzaba mucho en cantar sus *siguiriyas*, *soleás* y *fandangos*, pero según también presumía, los *fandangos* que mejor le salían eran los del *Carbonerillo*. Le ayudaba su voz profunda y grave que en el ambiente flamenco llamaba mucho la atención. Entonces no se escuchaban discos, y había pocas oportunidades de oír a los grandes del momento. En alguna ocasión contó que cuando tenía veinte años instalaron el teléfono en Olvera y el técnico que venía al mando era de Jerez. Cuando escuchó cantar a mi padre quiso llevárselo a trabajar con su equipo, prometiéndole que en Jerez tendría más oportunidades de vivir del flamenco que en el pueblo, pero como era muy joven, mi abuelo no lo dejó, porque se decía que los flamencos tenían muy mala vida y los muchachos se maleaban muy temprano y acababan mal. Eran años en los que ser flamenco no tenía muy buena reputación, así que se quedó en su pueblo.

Mi padre tuvo la suerte de que su hermana, mi tía Remedios, tenía un bar en aquellos tiempos en Olvera, y a su marido, mi tío Momo, le gustaba mucho el cante flamenco y había conseguido reunir una buena colección de discos de pizarra de la época: de *El Peluso*, de Pepe Pinto y *La Niña de los Peines*, de Manuel Torre, Manuel Vallejo, Niño Gloria, y seguramente de muchos más cantaores de entonces, por lo que durante el tiempo que vivió en Olvera aprendió mucho de aquellos discos.

El padre del autor, Francisco Cabrera, el primer flamenco de la familia, en la marina San Fernando 1927



Cantes que me estremecían

Cuando tuve mas conocimiento de lo que significaba el cante flamenco o cuando supe que me gustaba de verdad, me encontraba todavía trabajando en el campo, en el cortijo, y ya contaba con 13 ó 14 años así que empecé aprendiendo de las personas mayores que me rodeaban y trabajaban conmigo. Me acuerdo de que, aparte de mi padre, que fue de quién más aprendí en aquellos primeros años, había un hombre llamado Rafael que era de Málaga y que estaba casado con una mujer de La Puebla, que le decían la Carmenchu. Aquel hombre, Rafael, cantaba con una voz estupenda y entonaba bien los cantes de Málaga, las jaberías, verdiales... pero principalmente, cantaba maravillosamente bien por malagueñas. Cuando Rafael se ponía a cantar en verano, en tiempo de la trilla, en la era, mientras arreaba las bestias trillando y montado en el trillo con esa potente voz que se podía oír por todo el cortijo, era digno de escuchar. Tal vez por eso, esos cantes, ocupan un lugar tan importante en mi afición.

Los cantes de trilla son cantes que tienen un significado muy especial para la gente de campo, ya que se cantaban cuando se estaba

trabajando en la era. Se vivía como un complemento más del trabajo, puesto que ayudaban a pasar las interminables horas a pleno sol hasta que la parva se trillaba por completo. La trilla duraba los meses de julio y agosto. Actualmente estos cantes están en desuso y se cantan poco. Además, ahora, ya no se trilla en verano. Sus letras se centraban en el trillo, las mulas y los aperos de labranza. Estos cantes existían en una cantidad importante. Dieron letras muy bonitas. El cantaor Bernardo el de los Lobitos tiene grabados algunos de estos cantes y tiene una letra que dice así:

*“La mula golondrina sudando va,
que se cree que la trilla se va a acabar.
A esta mula de punta le gusta el grano,
aligera y no coma que viene el amo”.*

Cuando las faenas agrícolas constituyan la dedicación más importante de la población de este país, los cantes de trilla estaban en auge; llegaron a estar de moda entre los profesionales del flamenco y muchos los cantaron, pero con el desplazamiento de los trabajadores hacia la industria cedieron su hueco dentro del repertorio flamenco a otras formas de cante.

También hubo otro personaje en mis años juveniles que me impresionó mucho, le decían Paco el Bizco, de Morón. Era primo de mi padre. Aquel hombre venía esporádicamente por el cortijo donde trabajábamos, pero cuando lo hacía era maravilloso poder escuchar a Paco; ¡cómo cantaba! Era ya bastante mayor y aún conservaba una voz clara y potente. Cuando llegaba la noche y Paco estaba entre nosotros nos daba todo un recital de cante. Lo que más le gustaba cantar eran fandangos, malagueñas y cartageneras. También hacía otros cantes, pero él decía que con éstos era con los que se encontraba más a gusto. Paco siempre andaba de cortijo en cortijo, de yegüero. Él se llevaba las mulas y las yeguas por la noche al campo para que pastaran y, por la mañana, una vez que habían comido lo suficiente durante la noche, las devolvía al cortijo para que las utilizaran en los diferentes trabajos de tiro. Cuando se hizo mayor perdió prácticamente la visión de los dos ojos. Tenía desde muy niño una enfermedad en la vista, vamos, que era muy bizco, y casi no se le notaban las pupilas de lo escondidas que las tenía, que casi se le juntaban las dos en el centro. Y esto le impidió hacer muchas cosas porque ver bien, nunca vio: culpaba a su falta de visión el hecho de que no fuese aceptado en la Guardia Civil, a cuyo cuerpo siempre dijo que le hubiese gustado pertenecer. Ya anciano, estaba al amparo de la familia para vivir y mi madre, siempre que venía por el cortijo, lo acogía y le daba cariño y comida.

Estando todavía viviendo toda la familia en el Madroñal, mis padres compraron la primera radio y fue todo un acontecimiento general, acontecimiento porque en bastante kilómetros a la redonda no había ninguna, nada más que la nuestra. A partir de entonces

escuchábamos por las noches las canciones que ponían en una radio cuya marca era Jerez Campero. Nos reuníamos alrededor de ella unas 20 ó 30 personas, muchas venían de los otros cortijos de al lado. La radio era de batería porque en el cortijo no había luz. Escuchábamos las canciones de entonces, las de Juanito Valderrama, Lola Flores, Antonio Molina, *El Príncipe Gitano*, pero de cante bueno no se escuchaba mucha cosa. Aun así, estas canciones nos entretenían mucho por las noches.

Una de las noches de escucha en comandita, se me ocurrió que ya que había aprendido a leer y escribir, por qué no escribir a la emisora que estábamos oyendo, a Radio Sevilla, y pedir una canción, y así lo hice: escribí y pedí que me pusieran algo de Manolo Caracol. Cuán grande no fue mi sorpresa cuando oímos una noche que atendiendo a mi petición ponían un cante de Manolo Caracol. El impacto de aquel cante que oímos todos y que yo había solicitado, fue algo que no he podido olvidar. De entonces recuerdo todavía la letra:

“Cuando yo me muera,
mira que encargo,
que con las trenzas,
de tu pelo negro,
me amarren las manos”.

Hoy sé que son siguiencias pero entonces no lo sabía, y a mí a aquello me encantó. Me dejó con buen regusto, además, como la había pedido yo, me la dedicó el locutor del programa “Conozca usted a sus vecinos” que creo se llamaba Rafael Santisteban. Dijeron mi nombre completo por la radio. Fue algo inolvidable para mí; aquella noche debí dormir a pierna suelta, me había sentido importante. En toda la familia hay algún hermano que se des-

taca por algo, y yo era al que más le gustaba el cante flamenco. Mi madre me decía que yo había sacado las hechuras de mi padre: ella me llamaba *el flamenco*. Pienso que ese primer encuentro con la radio fue tan decisivo que, de una manera u otra, años después no dejé de dar vueltas al tema de conducir yo mismo un programa radiofónico sobre flamenco y eso tal vez explica mis años de dedicación en Radio l'Hospitalet al programa “Raíces Flamenca”, que más adelante intentaré abordar con más detalle, porque ha sido para mí una de mis mejores experiencias.

También aprendí bastante de mi hermano Paco, el mayor de todos nosotros, que cantaba y bailaba muy bien por fiesta³. Era admirador de la Paquera de Jerez y lo que mejor hacía por ella eran sus bulerías. Mis otros dos hermanos, Pepe y Mari Carmen casi no cantaban. Siempre que había algún festejo en el cortijo se cantaba y se bailaba y cada uno hacía lo que sabía, aunque muchas fiestas no había y menos todavía celebraciones. Allí nadie cumplía años ni tenía santo y, si me apuraba, no se sabía ni en qué día se había nacido. Pero, de vez en cuando, nos acercábamos a una choza que estaba cerca del cortijo del Cerro Gordo, dónde vivía la familia de los Ramírez con los que echábamos un buen rato, porque tanto a ellos como a nosotros nos gustaba el flamenco. Yo, en aquellos años me aficioné bastante y, como me decían que no lo hacia tan mal, cantaba en todas las fiestas a las que acudía. De modo que, si en una fiesta estábamos mi padre, mi hermano Paco y yo, la fiesta se animaba rápidamente. Teníamos fama de ser

una familia muy festera, una familia de aficionados al flamenco, y no sólo los míos, no sólo mis padres y mis hermanos, sino también mis primos por parte paterna, aunque era reconocido que entre nuestra gente no había nadie que cantara como mi padre.

Mi primer encuentro con la escritura y la lectura

En la última temporada que pasamos en el cortijo de la Alcachofa conocimos a una mujer que se llamaba María, no recuerdo su apellido pero todos la conocían como María La Cabrera porque era la mujer de Frasquito, que era el cabrero. Éste tal Frasquito era de Pruna, un pueblecito de Sevilla, y ella era de Almería. Contaban que se conocieron en Barcelona al acabar la Guerra Civil y allí se casaron. Formaban un matrimonio muy particular, además de ser buena gente. Frasquito era muy alto y mi madre decía que “todo lo que tenía de grande tenía de bueno”. María, a pesar de ser la mujer del cabrero, era una persona muy culta, y sabíamos, porque lo comentó en alguna ocasión, que cuando conoció a Frasquito era la Secretaria de las Juventudes Comunistas de Barcelona. Con ella —decían mis padres— daba gusto hablar ya que sabía de todo, tenía el conocimiento y las respuestas para hacernos entender lo que pasaba en el país en aquellos años 50. Fue ella la que se atrevió a poner al señorito en su sitio, al yerno de Miguel Vargas, que era de Osuna y de familia falangista, que aunque era más pobre que las ratas se había casado con la Varguita y se envalentonaba delante de los jornaleros. La cosa fue que a Frasquito le dieron de menos una peseta en su jornal y María se puso firme y se la reclamó al

3. Se utiliza este término para hacer referencia a aquel grupo de cante y de baile festero, alegre y con mucho compás como son las bulerías, las alegrías, los tangos, etc.

señorito y éste no tuvo más remedio que dársele delante de todos nosotros ¡Menuda era! Ella decía que la peseta no le importaba, lo que le importaba era que el señorito se la quedase cuando era de *Frasquito*. Además, María también se prestaba para que por las noches acudíramos a su choza a echar el rato, pero en esas ocasiones era para hacernos conocer la historia de España. Nos reuníamos alrededor de unas veinte personas y, al calor del fuego, nos leía en voz alta las aventuras del bandolero de Juan León⁴; de modo que cada noche avanzábamos capítulo a capítulo en la España de José María *El Tempranillo*. A nosotros, que éramos casi todos analfabetos, el que una mujer supiese leer en aquella época nos parecía casi increíble y, a más a más, siendo la mujer de un cabrero. Gracias a ella aprendí lo que no pude en la escuela, a leer y a escribir.

Poco después de marcharse *Frasquito* del cortijo, también hubo otra persona de la que aprendí mucho; se trataba del cabrero que lo sustituyó y que también era sevillano, de Saucejo. Le llamaban Joseito de Vidal. Con Joseito aprendí de flamenco, cantaba estupendamente, sobre todo por fandangos. Fue él el que me enseñó a saber bien qué es un fandango, y a distinguir los diferentes estilos que conocía. Se instaló con su mujer y sus hijos y también con su suegro, al que le decían Tío Mauro, que tenía un arte que no se podía aguantar, arte en cuanto que era un abuelo con mucha gracia. El abuelo era el que se encargaba de guardar las ovejas y, de él, su fami-

4. Juan León, el rey de la serranía, es una novela de costumbres que se publicó por fascículos durante los años 1933 y 1934. Su autor fue Jesús García Ricote y la edición en tres volúmenes corrió a cargo de la editorial Castro. Las ilustraciones las realizó Ángel Palacios y Alonso.

lia contaba muchas anécdotas, entre ellas que un día el señorito le preguntó que cuándo las ovejas juntan tanto la cabeza qué se dicen y Tío Mauro, con toda la guasa del mundo, le contestó que se juntaban para decirse unas a otras que el pastor ganaba muy poco. Su yerno cantaba un fandango que decía “Con mi jaca me voy al pueblo a ver a mi morena...” y Tío Mauro siempre añadía “po tráete tabaco”, porque entre risa y risa éramos conscientes de nuestra miseria, que por no tener, no teníamos ni para tabaco.

Cuando ya tenía los 18 años cumplidos, nos trasladamos definitivamente a vivir otra vez a La Puebla porque en el cortijo ya no había trabajo para toda la familia. Mis padres, con los ahorrillos de los años de trabajo en el campo, habían comprado una casa en La Puebla, en la calle Morón 33, que se encontraba ya en un barrio más céntrico que el de la antigua casa junto al Cerrete.

1.4. EL DUENDE EN LA PUEBLA DE CAZALLA

Del campo al pueblo

Al establecernos toda la familia otra vez en La Puebla, allá por el año 1957, el cambio que experimentamos fue bastante grande, sobre todo por dos motivos: el primero de ellos, porque había que buscarse de nuevo la vida trabajando, quiero decir que urgía buscar trabajo y conseguirlo pronto. Para nosotros eso no se había presentado como un problema durante los años que vivimos en el campo, porque el trabajo allí sí que lo teníamos asegurado. Trabajar sabíamos que tenía-

Plaza del Ayuntamiento. La Puebla de Cazalla. Sevilla



mos que hacerlo, no había otro remedio, pero ponerse así, a buscar de golpe, era otra cosa nueva, era distinto. El segundo motivo que nos preocupaba también era que había que conocer las formas que, en aquellos años en concreto, tenía la gente de trabajar. En qué lo hacían, cómo, cuánto debía durar la jornada laboral, en fin, una serie de incógnitas que se nos presentaban y no sabíamos muy bien como hacerles frente. Aunque bien es cierto, que pronto nos dimos cuenta de que no había tantas diferencias entre los trabajos en el pueblo y lo que habíamos hecho nosotros durante todo el período que permanecimos en el corrijo del Madroñal.

A mí, particularmente, me costó poco adaptarme tanto a la vida del pueblo como a lo que significaba empezar con una nueva actividad laboral, porque cuando volvimos a La Puebla, yo ya tenía hecho un buen grupo de amigos, de cuando acudía los domingos por la tarde en bicicleta para pasear, para ver alguna película o simplemente para estar un rato con ellos. Así que fue una ventaja para mí haberlos conocidos antes de vivir definitivamente en La Puebla, porque de alguna manera me tenían al corriente de las cosas que sucedían en el pueblo, con lo que en mi caso el cambio no fue tan brusco. A pesar de ello, esta situación no

significó que no compartiera con los míos la angustia de averiguar si conseguiríamos o no salir adelante.

Recién instalados en La Puebla, al anochecer acudía con mi padre y mis hermanos a hacer el *cantillo* en la plaza del Ayuntamiento. Así se llamaba al hecho de juntamos cada noche los que no teníamos trabajo y esperábamos a que llegaran los manijeros y nos contrataran para hacer alguna faenilla al día siguiente: algunas veces era sólo para un día y en otras, con más fortuna, podían contratarte para más días o incluso semanas, pero siempre eran faenas temporales porque nunca te ofrecían un trabajo fijo. Era como lo que después también conocí viviendo ya en Barcelona, donde los parados se concentraban en la plaza Urquinaona de esta ciudad y quedaban a la espera de que algún patrono les quisiese contratar por el mínimo jornal posible. Siempre pensé que esta costumbre estaba anclada en los tiempos de la esclavitud, porque no era que tu ofrecieras lo que sabías hacer en función de tu experiencia laboral y que atendiendo a ello te contrataran o no, sino que quedabas al capricho de cualquier capataz y de que te pagara la cantidad de dinero que se le antojase, ya que consideraban que la gente allí reunida era la menos cualificada

que existía, de modo que te tomaban o te dejaban sin más contemplaciones como si de un objeto expuesto a la venta se tratase. Pues eso pasaba ya entonces en La Puebla, que la gente se reunía en la plaza para intentar volver a sus casas con una peonada acordada para el día siguiente.

Querido cine

También debo de reconocer que a partir de aquel momento escuchar flamenco fue mucho mas fácil para mí, porque estaba en La Puebla de continuo, quiero decir siempre, no sólo los domingos por las tardes. Además, tenía muchas oportunidades que en el cortijo no existían, como por ejemplo, cuando íbamos al cine, podíamos escuchar cante flamenco junto con las coplas de moda de finales de los años 50 y principios de los 60 que ponían antes de empezar la película, en los intermedios y también al acabar. Casi siempre ponían a Juanito Valderrama, con su *Primera Comunión*; al Príncipe Gitano con el *Cortijo de los Mimbrales*; a Manuel Molina con *La Paloma Blanca*; a Enrique Montoya con *La feria de Graná*; a Gracia Monte con *Vengo Cargado de Tabaco*, en fin, las coplas que gustaban en general al público. Pero junto a ellas también podías escuchar a Pepe Mairena con *La Ovejita Lucera*; a La Paquera de Jerez con *Ojos Verdes*; a Pepe Pinto con *La Niña Lola*; a Juan Varea con el *Consuelo de la Granaina*; al Niño Marchena con sus *Cuatro Muleros*; a la Repompa de Málaga, al Beni de Cádiz, Currito de Utrera y algunos más que se acercaban a lo que a mí ya más me gustaba. La verdad era que por oír estas coplas nos esforzábamos por llegar al cine mucho antes de que empezara la película, ya que para muchos

de nosotros era la única posibilidad que teníamos de oírlas.

Todo lo que escuchaba se me pegaba al oído con bastante facilidad, y no tenía reparos en cantar alguna cosilla cuando nos juntábamos los amigos en el Bar de Juan Pachón, que se encontraba en la plaza del Ayuntamiento. Otro lugar al que la pandilla acostumbrábamos a ir era el Bar del Coronel de la calle San Antonio, junto a la esquina del Pollo, porque allí nos dejaban cantar. En muchos bares del pueblo colgaban el cartel de “Prohibido Cantar”, así es que en los sitios donde no estaba prohibido era a donde íbamos a echar el rato. A casi todos los amigos nos gustaba el cante flamenco, aunque todavía éramos muy jóvenes y aún no estábamos preparados para comprender lo que éste podría significar en nuestras vidas, al menos para la mía. Yo, desde luego, entonces no lo sabía.

Mi primer contacto con alguien que sabía lo que decía cuando hablaba de flamenco fue en 1957. Como tenía que buscarme la vida —debía encontrar trabajo en lo que saliera—, ese año me contrataron para trabajar en la recogida de la aceituna del verdeo, en el cortijo de *El Gordillo*, que estaba entre Sevilla y Los Barrios. Hoy este pueblo se llama San José de La Rinconada y es una finca grandiosa. Trabajábamos en el Tajo, que era donde estaban los olivos y para llegar hasta allí nos transportaban en un tractor porque la gañanía en la que nos alojábamos estaba muy retirada del lugar en el que debíamos hacer la recolección de la aceituna. La recogida del verdeo consistía en recoger la aceituna verde para poder aliñarla y, por supuesto, la más apreciada para comer era la del tipo manzanilla. La explotación de las tierras de este cortijo tenía, en la zona,

Con mi amigo Repe en la Puebla de Cazalla, 1960



muchía importancia ya que de la misma dependía la subsistencia de muchas familias. Por estas tierras pasaba una antigua vereda real que se llamaba la *Carretera Amarilla* y en ella se habían instalado muchas chozas cuyos ocupantes trabajaban todos para el propietario del cortijo y no sólo con la aceituna de verdeo sino también con las otras faenas que siempre hay en un cortijo grande como era éste.

Estuve allí trabajando poco tiempo porque ocurrió una cosa un tanto curiosa. Digo curiosa por no decir incomprendible. En aquel año, el Betis subió a primera división y estando en el verdeo me acuerdo de que el Betis jugó con el Sevilla y le ganó, pero dio la casualidad que trabajábamos para los Carranza que, además de ser los propietarios del cortijo, eran también directivos del Sevilla, y al ganar el Betis, fue tanta la alegría que nos entró que empezamos a saltar de satisfacción y nos despidieron a todos los jornaleros de golpe. Vamos, a todos los que celebramos el triunfo del Betis. El despido fue un domingo por la tarde, y como me quedé de nuevo sin trabajo me marché con algunos de los compañeros a la isla del arroz, a ver si encontrábamos alguna faenilla y tuvimos la suerte de encontrarla pronto.

Pepe el de la Muda

Al llegar al Puntal, que era el pueblo donde estaba la marisma —hoy se llama Villafranca de la Condesa—, tuve la suerte de encontrar a Pepe *el de la Muda*, un hombre que era de Marchena (Sevilla), y que conocí por uno que venía con los despedidos, al que llamaban Antonio *el cojonudo*, que también era de Marchena. Pepillo *el de la Muda* era un ser extraordinario, y lo mejor de todo: conocía todos los cantes; no sólo los conocía, sino que también los cantaba con un desparpajo y con un arte como si se tratase de todo un profesional. Cuando yo conocí a Pepe ya era mayor, tendría alrededor 60 años, y de él aprendí cómo se cantaban los palos duros —que es como se les llamaba en aquellos tiempos a las soleás, a las siguiriyas, a los martinetes, a las peteneras, etc—. Sobre todo era un fenómeno cantando por el Niño Marchena, que en aquel entonces era el rey de los teatros, de las plazas de toros y de todos los cines de cada pueblo de Andalucía. Algunos estudiosos del flamenco han considerado que el Niño Marchena modernizó el flamenco y fue el padre de la Opera Flamenca. Lo han tratado como un cantaor polémico en la medida en que para unos era un

demonio y para otros un dios. Pero Pepillo se sentía muy a gusto haciendo sus cantes y yo los conocí con cierta profundidad oyéndose-los cantar.

Estuve trabajando con Pepe sólo mes y medio, y fue la mejor escuela y más completa que tuve en mi juventud, porque me repetía los cantes una y otra vez hasta que yo aprendía como eran, siempre con mucha paciencia y con su botellita de vino de Bollullos del Condado a mano que, según él, facilitaba tanto la enseñanza del maestro como el aprendizaje del alumno. Conocer a Pepe fue algo de lo que me siento muy satisfecho y le estoy muy agradecido porque fue el primer gran aficionado que conocí y del que aprendí verdaderamente.

Al terminar la recolección del arroz regresé a La Puebla con mis padres, y con el conocimiento adquirido gracias a aquel marchenero, ya me arriesgaba y me envallentonaba más que antes, porque creía conocer un poco mejor los cantes. Así que siempre que podía, no tenía ningún pudor en echar unos cantes cuando estaba con los amigos. Por aquellos años a los que me refiero se cantaba mucho por fandangos, porque como ya he mentado, estaba de moda Pepe Marchena, pero también *El Palanca*, *El Rerre de los Palacios*, Antonio Molina o Juanito Valderrama. No conocíamos todavía ni a Tomás Pavón, ni a Pepe el Culata, ni a Antonio Mairena, ni al Barbero de Sevilla, ni a otros muchos que estaban en el olvido o que se les había arrinconado allí. Años más tarde llegué a comentar entre mis amigos aficionados de l'Hospitalet el desconocimiento, por lo menos para mí, de los grandes del cante durante ese período. Como dijo muy acertadamente Anselmo González

Climent⁵, se debía a la influencia que había ejercido la Opera Flamenca, pero la opera mala. Según Climent, había que dividir lo que se llamó la Opera Flamenca en dos tipos, la buena y la mala: la buena, que llegó hasta 1936 aproximadamente y, a partir de acabada la Guerra Civil, empezó la segunda opera, la que él llamó mala porque se abasteció de gente sin escrúpulos, sin honradez profesional, que cantaban lo que les echasen porque se consideraban artistas antes que cantaores. Esa fue, en su opinión, una de las causas de que la mayoría de los buenos cantaores se quedasen en la trastienda, totalmente olvidados, sin posibilidad de mostrar sus conocimientos y sin el reconocimiento de la gente, además de sin ganar un duro. De todo esto no fuimos conscientes hasta los años sesenta y lo fuimos porque un grupo encorajado de escritores y aficionados asumieron la responsabilidad de denunciar lo que pasaba y de situar a cada uno en su lugar.

Durante los años de La Puebla fui adquiriendo ciertos conocimientos de los buenos aficionados que vivían allí y que encontraba con bastante frecuencia en los bares

5. **Anselmo González Climent**, personalidad fundamental en la bibliografía flamenca de los años cincuenta y sesenta. Hijo de gaditanos, nació en Buenos Aires en 1927 y murió en Mar del Plata (República Argentina) en 1988. González Climent fue el inventor del vocablo flamencología, al titular así su obra capital en el año 1955, término que quedó acuñado a partir de entonces para definir la ciencia de los estudios en torno al arte flamenco. Coincidio la aparición de ese libro con la de una antología de Hispavox de tres discos premiada en Francia y la celebración del primer concurso de cante en Córdoba, tres acontecimientos que se consideran el punto de partida del renacimiento del flamenco registrado a partir de esos años. (Fuente: es.wikipedia.org)

*Los Arquillos de la
Puebla de Cazalla
(sevilla)*



del pueblo. Allí se les escuchaba cantar, eran aficionados que cantaban por derecho porque La Puebla siempre ha dado buenos cantaores, hasta el extremo de que sobre esto había un dicho que creíamos todos a pie juntillas, que más que preguntar sentenciaba sobre las cualidades de nuestro pueblo. En fin, que acostumbrábamos a decir: *¿será el agua de Piyaya que da muy buenas gargantas para el cante?*

Tengo buenos recuerdos de aquellos ratos que echábamos en el Bar Central con Fernando, su propietario, que hoy en día es toda una institución en el cante. Yo entraba más en el bar de Fernando, el del Central, que en los otros del pueblo porque el ambiente en él era agradable y no sólo para los que nos gustaba el flamenco sino para todo el que entrase. Fernando, claro está, no siempre estaba cantando. Lo hacía cuando se le encataba y entonces era cuando estábamos más a gusto. Otro de los buenos aficionados de La Puebla de aquella época era el Corisma. Trabajaba de tractorista en el cortijo El Caracol. Su voz aterciopelada y caracolera le hacían honor al prestigio que había adquirido en aquel entorno. En cierta ocasión, hablando de él con José Menese, le pregunté qué sabía de su vida y me dijo que siempre que tenía ocasión se iba a La Rincónada a escucharlo cantar. El Corisma era el aficionado que había en La Puebla más reco-

nocido para cantar al baile. En el teatro Victoria del pueblo él le cantaba a Rocío de los Torrecitos, que era una gitana guapísima, en una obra que había escrito Salvador Cabello. Otro que cantaba bien era Manolillo el Pío, el que mejor he escuchado por Pepe Pinto; también estaban los Barbaritas, que eran recoveros, ya que se dedicaban a ir por el campo vendiendo cosas a cambio de huevos. Era como un trueque, porque en la mayoría de las ventas por entonces no había dinero y la gente intercambiaba las cosas. Todos cantaban. Al que yo escuché más fue a Gabriel. Había otro de ellos que me parece que se llamaba Luis, pero no estoy muy seguro.

Mi pandilla de La Puebla

Al poco tiempo de estar viviendo en La Puebla ya estaba bastante introducido entre la gente que cantaba flamenco. En mi pandilla tenía a José el Pastillita que cantaba muy bien por fandangos y por las alegrías de Córdoba de Curro de Utrera. Manolo el Colorao, que vivía en la calle Sol, era muy amigo mío. El Colorao viejo, que era así como llamaban a su padre, escribía sus propias letras y sus malagueñas eran sobrecogedoras. La pandilla nos juntábamos con él en el bar de Pachón y el hombre siempre nos cantaba alguna cosa porque decía que teníamos verdadera afición. En

La Puebla, por suerte, siempre ha habido muchos y muy buenos aficionados, repito. En el bar del Coronel entraba mucho *El Birocto*, que trabajaba de chofer en la empresa Rafael Díaz. En *El Birocto* era sorprendente su cante, recio y con mucha fuerza, para lo pequeño que era de estatura. Un par de familias flamencas de La Puebla con solera y que eran muchísimos eran los *Pabulillos* y los *Piquillos*. Estaban todos emparentados entre sí ya que los de una familia se casaban con los de la otra y las dos familias trabajaban por su cuenta, eran esparagueros, cazadores y sobre todo pitarreros, porque tenían cabras y pasaban por las calles del pueblo ordeñando a los animales en el momento que te vendían la leche. Llegué a comprarle leche a *El Piquillo* el viejo, que decía que tenía más de 100 años, y que continuaba como pitarrero porque “se tenía de comer”. Muchos de ellos cantaban y además cantaban bien; se les podía encontrar básicamente en dos bares, en el bar de Miguel, en la Fuente Vieja o en el bar de *Currillo Cuchara*, en la Puerta de Ronda esquina con la calle Altana.

Si recuerdo los nombres de los bares a los que yo acudía de joven a estar un rato con los amigos y a escuchar cante es porque en La Puebla, en aquellos años, no había tantos lugares en los que se pudiera oír cante, ya que dependía de si al dueño del bar le gustaba o no el flamenco, de manera que no en todos tenías la oportunidad de echar unos cantos, aunque pienso con el tiempo que con los que había ya era suficiente para pasar buenos ratos porque flamenquitos no éramos tantos. Es más, en ellos se hacía poca cosa más que tomar alguna copa de vino, comentar las cosas del día a día y cantar algún que otro cante porque eran épocas en las que todo estaba muy controlado, el franquismo continuaba ha-

ciendo verdaderos estragos y la gente más pobre tenía miedo.

Estaba todavía yo en La Puebla cuando nos llegó la noticia de que habían fusilado a Julián Grimau en Madrid. Para hacer una reunión entre los más concienciados del pueblo para explicar lo que había pasado y hacer una recolecta costó mucho, pero que muchísimo trabajo, porque no te fiabas de nadie salvo de aquellos en los que tenías plena confianza y que precisamente no eran muchos. Por eso, por el miedo y el temor a las represalias que podían tomar contigo y con tu familia.

En el bar de *Currillo Chuchara* nos juntábamos los día de agua, quiero decir los días de lluvia, con Pepe el de la Rata, el Rubio de la Gordita, el padre de Pepa la Gordita, *La Chatini*, que también la llamaban y que vivía en la calle Castelar, y alguna veces también se unían a la reunión *El Mochando*, que tocaba la guitarra a su forma. A su forma, porque tocaba bastante regular y para acompañar cantos muy determinados como las rumbas, los tanguitos o las chirigotas. Le costaba acompañar cantos serios y con las soleás, siguiriyas o malagueñas no podía. Algunas veces también venía con *El Mochando*, *El Gallardo* que cantaba por soleá para quitarte el sentío. Pepe el de la Rata cantaba los cantos como nadie hacia, con poca voz pero muy dulce: tenía un fandango muy bonito que yo nunca le pude copiar porque la forma en que él lo hacía era muy difícil. El Rubio cantaba los campanilleros de *La Niña de La Puebla* tan bien como ella y cantaba otros que decía que eran del tiempo de la Republica. Todavía me acuerdo de un trozo de su letra:

“*La Puebla y Morón, Montellano, Osuna y Carmona, lloran como fieras por la rendición...*”.

El autor en la feria de la Puebla de Cazalla con sus amigos, 1962



Había un aficionado en La Puebla al que yo escuché sólo en dos ocasiones, pero que debo reconocer que cantó como los mismísimos ángeles: se trataba de Alvarito *el del Pollo*. Una de esas ocasiones fue coincidiendo en una cacería, estando yo todavía en el cortijo del *Madroñal*. A este Alvarito le gustaba mucho la caza y trabajaba de oficinista, que por aquel entonces era toda una categoría social porque la inmensa mayoría de nosotros trabajábamos en las faenas del campo. Cuando llegaba el mes de septiembre, empezaba la temporada de la perdiz y se cazaba por aquellos contornos con una técnica muy antigua llamada *del hucheo*. Esta práctica de caza consistía en montar un sistema de cercamiento o de encerrona para acorralar a las perdices y en la que los cazadores se situaban al final de un terreno con forma de garganta, de embudo, con una longitud de hasta cuatro kilómetros: la cuadrilla de los *hucheadores* compuesta normalmente por unos 30 hombres provistos de perros y situados en la zona más

abierta del coto comenzaban a caminar hacia la garganta dando voces y gritos para asustar a las perdices y obligarlas a salir de sus escondites, dirigiéndolas hacia la boca del embudo. Allí esperaban los cazadores con las escopetas y disparaban. Se requería de un lugar apropiado para esta forma de cazar. En el lugar en donde yo estuve cuando tenía unos 12 años fue en un cortijo de la vega del Retamas, en el municipio de Villanueva de San Juan a unos 30 kilómetros de La Puebla. Fui con un señorito que venía de Sevilla y que se llamaba Don Antonio. No recuerdo más, yo sólo estaba para recogerle las perdices que mataba. Estas cacerías las organizaban prácticamente para los señoritos que venían de Sevilla y de Madrid. Incluso venía gente muy importante, con mucho abolengo, como era el Marqués de Monteflrido que además era el que más perdices mataba siempre y al que acompañaban más chavales para recoger las muertas, porque el tal Marqués no daba abasto disparando con la escopeta. Ese día, cuando llegó la hora

de comer, le pidieron a Alvarito que cantara algo porque algunos ya conocían de sus cualidades flamencas y él con esa voz tan potente no se privó y cantó algunos cantes que yo en ese momento no entendí. Por supuesto no supe lo que cantó, pero la emoción que me embargó aquel día ha permanecido en mis recuerdos hasta hoy. Murió en 1962 en un accidente de moto en la carretera de Sevilla a la altura de Alcalá de Guadaira. La otra vez en que lo oí cantar fue en el bar de Benítez, una Navidad de casualidad, aunque en esta segunda vez, yo sabía mejor lo que escuchaba y aquel hombre cantaba que parecía de otro planeta: no había escuchado algo semejante en toda mi vida. Me dijeron en una ocasión, que se había presentado al Concurso Nacional de Flamenco de Córdoba de 1956, y que el primer premio de ese año se lo llevó Fosforito aunque, según la opinión de la mayoría, quien de verdad se lo mereció fue Alvarito *el del Pollo*, por como cantó.

José Menese, Diego Clavel y Manuel Génera, tres de mis paisanos

Cuando me vine definitivamente del campo a La Puebla nos instalamos en la calle Morón, y casi enfrente de mi casa estaba la zapatería del Rubio de Menese, que era el padre de José Menese. Por aquel tiempo Pepe tendría 14 ó 15 años y ya cantaba muy bien, pero a Menese le pasó como a Antonio Mairena, que lo que cantaba no le gustaba a mucha gente, y además su voz no era la voz dulce y melocotona de Juanito Valderrama o Curro de Utrera que eran los consagrados del momento. Más que Menese, gustaban en el pueblo los Barbaritas, que tenían casi todos ellos la voz más

laína, y no porque para mí cantaran mal, ni muchísimo menos, sólo que cantaban diferente, sin tanta profundidad ni tanto quejío. En la zapatería del Rubio de Menese, algunas noches cuando su padre dejaba de trabajar, nos juntábamos los amigos y escuchábamos cantar a José Menese y a su hermano Diego, porque después de acabar el trabajo su padre, ellos continuaban trabajando y lo que sacaban a partir de entonces se lo quedaban para sus gastos. Además, Diego formaba parte de nuestra pandilla y siempre que no estaba con la novia estaba con nosotros. Así, mientras ellos continuaban trabajando nosotros les hacíamos compañía. Pepe, que era más pequeño, tenía su propia pandilla y aunque estaba mucho con nosotros no era como Diego, que era uno de los nuestros. José Menese ya despuntó desde bien pequeño porque tenía claro que no quería ser zapatero como su padre, ni albañil, ni tampoco aceitunero recogiendo aceitunas por los campos como los demás. Empezó a ser conocido en el pueblo como un buen cantaor desde bastante joven y lo que le hizo popular fue que el cura con motivo de las Navidades organizó una tómbola en la plaza del Ayuntamiento y como música para amenizar puso una cinta que se había grabado de forma muy casera en el bar Central en la que Pepe cantaba y la verdad es que ya lo hacía muy bien. Pero como él mismo reconoce, no fue hasta que se marchó a Madrid cuando se forjó como un magnífico cantaor.

A Madrid se lo llevó Chumy Chúmez⁶ que venía de Cádiz y se lo llevó en una moto. Llegó

6. **José María González Castrillo**, nació en San Sebastián, el 8 de mayo de 1927 y murió en Madrid en abril de 2003. Fue conocido por el pseudónimo de **Chumy Chúmez** como humorista gráfico, escritor y director de cine español. Se formó como profesor mercantil y

Joaquín El Quino, José Menese e Ildefonso Cabrera en el Pueblo Español, festival de la Caixa.



muy joven y como lo que más quería era ser cantaor, se esforzó y lo consiguió. No se me puede olvidar la primera vez que lo vi cantar por la televisión en un programa que se llamaba Fósforo, en el que cantó con Fosforito y, si no recuerdo mal, con Pepe de Lucía. Fue un escándalo el que se montó en el bar Chico Romanero cuando la gente vio a uno del pueblo que salía por la televisión. Cuando volvió por primera vez a La Puebla ya tenía grabado un disco con cuatro cantes: por soleá “Te llevaste las ganancias”; por mirabrá “Que bien jumea”; por bulería “Llegué aquí de madrugá” y por si-

posteriormente estudió dibujo y pintura. Debido a su pasión por la pintura se trasladó a Madrid, lugar en el que se dedicaría al humor, al principio en periódicos de forma esporádica y más tarde de forma fija en los semanarios *La Codorniz* y *Triunfo* y en el diario *Madrid*, del que fue habitual de la tercera página hasta que fue suspendido por orden gubernativa en 1971. Durante la transición hacia la democracia española colaboró con el semanario de humor *Hermano Lobo*, del que fue fundador. En la década de los años sesenta rodó varios documentales, en su mayoría sobre localidades andaluzas. También colaboró redactando guiones cinematográficos y llegó a escribir algunos propios. (Fuente: es.wikipedia.org)

guiriya “Caigo y me levanto”. Es de las pocas veces que Menese ha grabado en un disco por bulerías, pero ahí las tienes, ya que no es de los palos que mejor se le dan. Creo que él al principio intentó cantarlo todo, pero se dio cuenta que la peculiaridad de su voz y su forma de cantar no se ajustaban a todos los tipos de cante y con sabiduría tendió por aquellos en los que podía dar lo mejor de sí y bordarlos desde el punto de vista de la técnica flamenca, atendiendo a las características de su voz.

José luchó mucho para ser cantaor, no lo tenía todo a su favor, más bien tenía muchas cosas en su contra. Fue Moreno Galván quien más tarde en Madrid hizo de él el cantaor que es hoy. La primera vez que conocí a Moreno Galván⁷ fue porque Menese nos lo

7. **Francisco Moreno Galván** nació en La Puebla de Cazalla el 1 de enero de 1925 y murió en junio de 1999. Fue un pintor y poeta español. Entre 1941 y 1946 cursó estudios de Bellas Artes en Sevilla. Artista muy arraigado en su localidad natal, Moreno Galván también residió en Madrid entre 1951 y 1977, relacionándose con el mundo cultural de la capital española de este periodo, con pintores como Carlos Lara, José Vento

presentó a mi hermano Paco y a mí. Fue una Nochebuena que estuvimos juntos de fiesta toda la noche, no me acuerdo bien del año, pero sí que recuerdo que Moreno Galván por aquel entonces había pintado los decorados de la película *El Último Cuplé*, protagonizada por Sarita Montiel.

También de La Puebla conocíamos a Diego Clavel que en aquellos años todavía no era el cantaor profesional en el que después se convirtió, pero ya cantaba muy bien los campanilleros que se cantaban entonces en La Puebla. Los campanilleros son unos cantes populares que se cantan en casi todos los pueblos de Andalucía, pero no es lo mismo unos campanilleros cantados por un cantaor que por otro. El cante no tiene que cambiar en un principio pero el cantaor sí que cambia y ahí está la diferencia de unos campanilleros con otros. Estos cantes normalmente se cantaban en pandillas de chiquillos que, de puerta en puerta, iban cantando y pidiendo los aguinaldos en la Nochebuena. Lo que pasaba es que

o Mampaso, y con escritores e intelectuales como Fernando Quiñones, Antonio Gala, Caballero Bonald, Mingote, Sánchez Dragó, etc. A su regreso a La Puebla de Cazalla, fue elegido concejal por el Partido Comunista de Andalucía y desarrolló una importante labor de remodelación urbanística de su localidad. Moreno Galván es conocido también por haber puesto letra a muchos de los cantes de José Menese durante la década de 1970. En estas letras se deslizaban duras críticas sociales en las que se denunciaba el atraso endémico que sufrían tanto Andalucía como el resto de España, así como también el abuso de las clases sociales más favorecidas por este estado de cosas y responsables del mismo. Letras que le costaron en ocasiones la censura por parte de las autoridades franquistas, aunque por regla general, la sutileza de sus composiciones conseguía que éstas pasasen el filtro de la censura sin perder la fuerza de su denuncia. (Fuente: es.wikipedia.org)

Diego Clavel les daba un tono que era una maravilla, hacia un alto en solitario con esa voz clara y poderosa que siempre ha tenido, y la gente se entusiasmaba y quería que la pandilla de Diego cantara una y otra vez ante sus puertas. Creo que todavía se seguirán cantando por Pascua en La Puebla, pero no lo sé, porque desde que me fui en 1964 no he pasado unas Navidades en mi pueblo.

Tampoco era cantaor en aquella época Manuel Fernández Gerena, que más tarde se dio a conocer como Manuel Gerena. Yo supe que cantaba estando ya viviendo en Catalunya. A Manolo le conocía desde chico porque era aprendiz de electricista con *El Currichi* y nosotras íbamos mucho por su casa. Venía de cuando todavía estábamos en el cortijo del Madroñal y los domingos por la tarde que nos acercábamos a La Puebla pasábamos casi siempre por la casa del Currichi. A Manuel Gerena en el pueblo se le conocía como *el gordo de Vapora* y yo viviendo en La Puebla jamás lo oí cantar. Tuve la primera noticia de él como cantaor cuando un día en El Corte Inglés de Barcelona vi un disco y me di cuenta que era él porque le reconocí en la fotografía de la portada: Lo compré y lo escuché: la verdad es que llegué a la conclusión de que como cantaor no tenía mucho talento pero había algo superior que fue lo que le hizo cantaor y no fue otra cosa que su fuerza, el valor que tenía para cantar letras muy comprometidas y muy políticas y sobre todo que no tenía miedo de nada.

Nosotros y los litri

Alrededor de estos años, sobre los que estoy tratando de ceñirme a mis recuerdos, en La Puebla y supongo que en muchos otros



Con Diego Clavel en Cerdanyaola

Con Manuel Gerena en Antequera, Congreso flamenco 2008

pueblos de la España cicatera y vengativa que alentaba el gobierno franquista, había muchas barreras sociales incluso entre los pobres. Me explico: existían los que trabajamos en el campo, que constituímos un escalón considerado por debajo de los que trabajaban en oficios, los *litri*, que así se les llamaba. Unos y otros nos considerábamos diferentes, y a decir verdad nunca nos juntábamos, por lo que a los que nos gustaba el flamenco tanto de unos como de otros, no coincidíamos en los lugares donde se cantaba y se escuchaba. Pongo un ejemplo: en La Puebla había dos guitarristas, no eran ninguno de los dos unos fuera de serie, pero tocaban la guitarra. José Pachón, era el guitarrista de los del campo, Rafael Herrera, era el guitarrista de la gente de oficio, los *litri*; por este motivo yo escuché más cante en el bar de Juan Pachón que en el bar Central, donde se juntaban con más frecuencia los *litri*, ya que eran los dos bares donde nos reuníamos para echar el ratito de cante, ahora bien, cada uno con los suyos. El ser jóvenes, como éramos todos, no evitaba que nos sintiéramos distintos unos de otros e incluso creyésemos que los *litri* podían ser más que nosotros porque les distinguía el trabajar en un oficio, a pesar de que muchos de ellos tenían a sus padres y a sus hermanos tra-

bajando aún en el campo. Sólo con que uno en la familia trabajase en un oficio, ya era suficiente para que toda ella se creyese que no era una familia de campesinos. En aquella época y con aquellos recursos, nadie era más que nadie, porque los que de verdad tenían una buena posición y tierras eran los que ciertamente destacaban y no entraban en este juego creado por nosotros mismos. Dentro de la pobreza descarada en la que vivíamos la mayoría de la población y de los intentos de buscar formas para ocultarla, lo cierto era que casi todos teníamos sólo para ir tirando, no sobraba nunca nada, todo lo contrario: más bien siempre faltaba y sólo las pocas familias con mucho dinero o con muchas tierras eran las que sobresalían de ese conjunto en el que nos encontrábamos tanto los *litri* como nosotros.

La primera vez que escuché cantar a Antonio Mairena, al Barbero de Sevilla, a Antonio el Chaqueta y algunos más que ya no me acuerdo, fue en la casa del Remendún, que estaba situada en la esquina Del Pollo. Éste era un hombre acomodado que tenía un almacén de cereales junto a su casa y se dedicaba a la venta y compra de cereales; su hijo más pequeño, Joaquín, tenía un tocadiscos y los discos se los mandaba su hermano que vivía en Madrid y

que estaba estudiando farmacia. Cuando a Joaquín le venía en gana, nos llevaba a su casa a oír sus discos y en estos encuentros, normalmente se creaban pequeñas discusiones alrededor de quién cantaba mejor para unos y para otros, que si era Mairena o era el Barbero; discusiones todas ellas carentes de rigor porque todavía éramos muy jóvenes y no sabíamos realmente lo que decíamos, pero con todo, las visitas a casa de Joaquín no dejaban de ser entretenidas y a veces incluso acaloradas según el empeño que pusieses en defender más a un cantaor que a otro, sobre todo porque estábamos acostumbrados a escuchar los cantes de la época en que las voces de moda eran laínas y con gorgoritos. Aún no habíamos tenido oportunidad de escuchar a los grandes cantaores, a los que cantaban por derecho con voces desgarradas y roncas tan menospreciadas todavía y que empezábamos a conocer entonces a través de los discos que enviaba el hermano de Joaquín.

Bernardo tenía un bar al que le había puesto su nombre: bar Bernardo y era muy amigo de José Menese cuando éste era joven. En el mes de septiembre era la feria de La Puebla y durante los días de feria montaba una caseta en el paseo y allí acudíamos nosotros todos los días de feria porque además de pasárnoslo muy bien escuchábamos los discos de flamenco. Ponía mucho a Mairena, y a mí, entonces, de Mairena lo que más me emocionaba eran los tangos de Málaga. Corrían los años 59 ó 60 y así estaba yo enterado de flamenco que lo que más me gustaba de Antonio eran los tangos de Málaga. No es que ahora no me gusten, que sí, sino que no eran precisamente lo más destacado de su repertorio. Yo sabía muy poco de Mairena y lo único que había escuchado de él era lo que habíamos ha-

blado sin ningún tipo de conocimiento en la casa del Remendun.

La Puebla como cantera de muy buenos cantaores y también de grandes aficionados, ha aportado una larga lista de profesionales del cante al conjunto del arte flamenco, como creo haber dicho ya en más de una ocasión. Por ello, su contribución ha sido envidiable, aunque como es normal ha tenido muchos más aficionados que profesionales. Buceando entre mis recuerdos no puedo resistirme a hacer una mención del Niño de Jerez, que decían los mayores del pueblo que cantaba para rabiar. Vivía en la calle San Oscuras y aunque llegué a conocerlo, no le escuché cantar nunca. De joven fue profesional y fue un cantaor conocidísimo por toda la buena afición; se retiró del cante porque se quedó sordo. Otro que no puedo dejar de mentar es El Niño de La Puebla, de la familia de los Torrecitos y que con el tiempo se llamó Joselero de Morón porque se trasladó a vivir con su familia a Morón de la Frontera y allí se casó con una hermana de Diego del Gastor.

Otro a quien igualmente quiero mentar es a Miguelillo El Güini, aficionado que escuché cantar una de las primeras veces que fui de vacaciones a La Puebla y cuyo cante me gustó muchísimo. Siempre suelo hablar de él en mis conversaciones con los aficionados de Catalunya cuando hablo de los flamencos de mi pueblo. De los que me gustan, quizás sea el único aficionado del que no tengo ningún cante grabado, y llegué a pedírselo para un programa de flamenco en Radio l'Hospitalet, pero no me lo mandó porque me dijo que no tenía nada grabado. Sobre el programa de Radio l'Hospitalet me referiré más adelante.